

de ella para entrar en relaciones con el Baron; pero jurábase á sí misma volverlo loco, por lo mismo que su amor de hombre atareado tenía el facilísimo encanto de una cancion lanzada á los cuatro vientos.

— ¡Oh!— respondió afectando bromear á su vez;— el cordero acaba siempre por comerse al lobo.

Entónces el Baron, muy divertido, la animó con un movimiento de aprobacion.

Acaso fuera ella la mujer destinada á vengar á las demas.

Cuando Mouret, despues de haber recordado á Vallagnosc que queria enseñarle la máquina, se acercó para despedirse, el Baron lo retuvo en el hueco de la ventana que caía al jardin, invadido en aquel momento por la oscuridad de la noche. Al fin cedía á la seducción; habia tenido fe al verlo en medio de aquellas mujeres. Conversaron un momento en voz baja, y despues el banquero añadió:

— Bueno, examinaré el negocio.... y es cosa hecha, si vuestra venta del lunes reviste la importancia que decís.

Diéronse las manos, y Mouret, muy satisfecho, se marchó, porque no podia comer bien la noche que no echaba una ojeada á la nota de ingreso de *La Dicha de las Damas*.

IV

Aquel lunes, 10 de Octubre, un sol esplendoroso de triunfo rompió las densas nubes cargadas de lluvia que desde hacía una semana entrístecian á Paris.

La noche ántes todavía habia estado cayendo sin cesar un agua menudita, la humedad de la cual tenia enfangadas las calles; pero desde muy temprano aquella mañana el aire habia secado las aceras, y luégo el cielo azul adquirió la alegre diaphanidad que tiene en los dias de primavera.

Por eso, desde las ocho de la mañana *La Dicha de las Damas*, alumbrado por los rayos de aquel hermoso sol, lucía en sus magníficos escaparates su brillante coleccion de novedades de invierno. En la puerta flotaban banderas, piezas de lana de varios dibujos agitábanse al aire fresco de la mañana, animando la plaza Caillou que por aquel lado tenia el aspecto de una feria; miéntras que en una y otra calle á las que hacía esquina exhibía en los escaparates sus magnificas instalaciones, cuyos brillantes colores se avivaban más por efecto de la limpieza extraordinaria de sus cristales de gran tamaño. Aquello era un derroche de color, la alegría de la calle y un gran mercado abierto á todo el mundo para recrear la vista.

Pero á hora tan temprana entraba poca gente; algun que otro cliente muy ocupado durante el dia y alguna que otra vecina deseosa de evitar el jaleo y la aglomeracion de gente de por la tarde. Tras de las piezas de tela que lo empavesaban veíase el almacén vacío; los dependientes esperando arma al brazo á los parroquianos, con sus pisos de madera brillantes como espejos á fuerza de encerarlos y con sus mostradores atestados de mercancia. Los transeuntes atareados de por la mañana dirigian apénas alguna que otra mirada á los escaparates sin acortar el paso. En la esquina de la calle Nueve-Saint-Augustin y la plaza Caillou, donde los coches de-

bían luego colocarse en fila, no había á las nueve más que dos carruajillos. Solamente los habitantes del barrio, los tenderos sobre todo, alborotados por aquel lujo de banderolas y de penachos, formaban grupos á las puertas de sus casas en las esquinas y murmuraban amargamente; lo que más les indignaba era uno de los cuatro carruajes que Mouret acababa de lanzar por París, y que en aquel momento se hallaba á la puerta de salida por la calle de la Michodière; carruajes pintados de verde, con muchos adornos amarillos y encarnados, y cuyos costados llenos de barniz tornaban al sol reflejos de oro y de púrpura. El que se hallaba á la puerta, reluciente de nuevo, con un cartel con el nombre de la casa en cada uno de sus costados y con otro grande en la trasera donde estaba anunciada la venta del día, se alejó al trote largo de un soberbio caballo, cuando lo hubieron atestado de paquetes y encargos que habían quedado allí del día ántes; y Bandu, que temblaba de rabia en el quicio de la puerta de *El Viejo Elbeuf*, lo contempló hasta perderlo de vista en el boulevard, pensando que iba á pasear por toda la ciudad el nombre aborrecido. Poco á poco fueron llegando algunos carruajes y poniéndose en fila. Cada vez que entraba una cliente notaba movimiento entre los criados del almacén, que se hallaban formados en la puerta luciendo su librea, compuesta de pantalón y casaca verde y chaleco á rayas amarillas y encarnadas; y allí estaba el inspector Jouve, un capitán retirado, vestido de levita y corbata blanca, luciendo en el ojal de la solapa una cruz como emblema de sus antiguos méritos, recibiendo á las señoras con aire grave y cortés, y acercándose á ellas para indicarles los distintos departamentos. Luego las clientes desaparecían en el vestíbulo, trocado en un salón á la oriental.

Desde la puerta, aquello era una maravilla, una serie de sorpresas, que á todas las entusiasma. La idea había sido de Mouret. Él fué el primero á quien le ocurrió comprar en Oriente en muy buenas condiciones una colección de tapices antiguos y nuevos, tapices de esos que hasta entonces solamente algún que otro comerciante de antigüedades vendía á precios muy altos; é iba á inundar el mercado de ellos, porque los cedía casi por lo que costaban, sin más idea que atraer á su casa por ese medio á los ricos aficionados al arte. Desde la plaza Caillou veíase aquel salón oriental formado solamente con tapices, alfombras y *portières* que un ejército de criados había colocado por orden suya y bajo su dirección. En primer lugar, el techo estaba cubierto de tapices

de Smirna, cuyos complicados dibujos se destacaban sobre fondos rojos. Luego, de las cuatro paredes colgaban *portières* magníficos: unos de Karamania y de Siria, jaspeados de verde, de amarillo y de bermellón; otros de Diarvekir más comunes y al tacto tan bruscos, que parecían de paño burdo; y otros más, que podían servir de *portières* y cortinajes, producciones famosas de la industria de Hispahan, de Teheran y de Kermancha, de Sehumaka y de Madrás, extraño conjunto de flores y de palmas fantasía inspirada en el jardín de algún ensueño. En el suelo, una colección admirable de alfombras; allí en el centro una de agra, obra de arte maravillosa, de fondo blanco, de ancha cenefa, de azul pálido, con adorno color de violeta de un gusto exquisito. Después por todas partes verdaderas maravillas; alfombras de la Meca, que parecían terciopelo; tapices de los que se usan en las mezquitas de Daghestan, con sus dibujos simbólicos; tapices del Kurdistan, sembrados de flores deshojadas; y por fin, en un rincón, amontonadas sin orden ni concierto, alfombras de Ghevods, de Coula y de Kirchee, desde quince francos en adelante. Aquella especie de tienda de baja suntuosa estaba amueblada con cojines y divanes de un marcado gusto oriental: también hallábase representadas allí Turquía, Arabia, Persia, las Indias, aquello era haber vaciado los palacios, haber saqueado las mezquitas y los bazares. El similar predominaba contrastando con los colores sombríos de los tapices, y bajo la influencia de aquel lujo de arte de países bárbaros y del olor fuertísimo que habían conservado las telas, aparecíanse á uno visiones del Oriente.

Por la mañana á las ocho, cuando Dionisia, que precisamente iba á empezar su trabajo aquel lunes, llegó al salón oriental, quedóse atónita, no supo encontrar la entrada del almacén y acabó de turbarse ante aquella decoración de harem puesta delante de la puerta. Un mozo la condujo hasta dejarla en poder de la señora Cabin, encargada de la limpieza y vigilancia de los cuartos, la cual la instaló en el número siete, á donde ya habían subido su equipaje. Era su cuarto una estrecha celda aboartillada, que tenía junto al lecho su ventanuco y que estaba amueblada con una cama pequeña, un armario de nogal y dos sillas. Veinte cuartos parecidos se alineaban á lo largo de un interminable corredor como el de un convento, donde dormían veinte de las treinta y cinco señoritas de la casa que no tenían familia en París, mientras que las otras quince habitaban fuera, muchas de ellas en

la casa de tias ó de primas postizas. En seguida Dionisia se quitó el vestidillo de lana raído del cepillo y remendado, que era el único que llevára de Valognes. Luégo se puso el uniforme de su seccion, un vestido de seda negro que habian arreglado á su medida y que estaba encima de la cama. Aun habia quedado un poco grande para ella y ancho de los hombros; pero tanto se apresuraba á impulsos de su emocion, que no se paró en aquellos pormenores de coquetería. No habia usado nunca vestido de seda, y cuando bajó con él como niño con zapatos nuevos, contemplaba el relucir de la falda, y sentia así como cierta vergüenza al oír los crujidos de la tela.

Cuando llegó abajo, al entrar en su departamento estalló una disputa y oyó que Clara, con voz aguda, decia:

— Señora, yo he llegado ántes que ella.

— No es verdad — respondia Margarita. — Me ha empujado en la puerta; pero yo tenia ya el pié en el salon.

Tratabáse de inscribirse en el turno para la venta.

Las dependientes se apuntaban en una pizarra por el orden en que iban llegando, y cada vez que una de ellas despachaba á alguien, volvia y apuntaba su nombre á la cola. La señora Aurelia acabó por dar la razon á Margarita.

— ¡ Siempre las mismas injusticias! — gritó Clara furiosamente.

Pero la entrada de Dionisia reconcilió á las dos muchachas. Una y otra la miraron y se sonrieron.

¡ Qué manera de vestirse! La jóven fué á inscribirse en la pizarra, donde su nombre se hallaba el último. La señora Aurelia, que la examinaba con inquietud, no pudo menos de decir:

— Hija mia, en ese vestido caben muy á gusto dos como vos. Es menester que lo estrecheis... Y, ademá, no sabeis vestiros. Venid, venid á que os arregle un poco.

Y se la llevó delante de uno de aquellos espejos de cuerpo entero que alternaban con los grandes armarios donde se guardaban las confecciones, como ahora se dice. El anchuroso salon, rodeado de esos espejos y de esos armarios de roble tallado, guarnecido de una alfombra de moqueta rameada, parecia el salon de un hotel donde á cada momento está entrando y saliendo gente. Aquellas señoritas completaban el parecido, vestidas con su uniforme de seda, y paseando sus gracias, sin sentarse nunca en ninguna de las sillas que habia por allí, reservadas para las clientes nada más. Todas tenian entre dos ojales de la chaquetilla, y

como clavado en el pecho, un lápiz grande que asomaba su punta afilada, y saliendo de un bolsillito á propósito veíase sobre el negro del vestido la mancha blanca del librito talonario de ventas. Algunas se permitian alhajas, sortijas, alfileres, cadenas; pero su gran coquetería, el lujo dentro de la impuesta uniformidad de su tocado era el pelo, aumentado con añadidos y crepé cuando hacia falta, pero siempre peinado y rizado y cuidado con exquisito esmero.

— Tiraos un poco del delantero — repetia la señora Aurelia. — Eso es; al ménos no tendréis joroba. ¡ Y qué peinado, cuando con ese pelo, si quisierais, estariáis soberbia!

Y en efecto, el cabello era la única belleza de Dionisia. Rubio, oscuro, le llegaba suelto casi á los talones, y el peinarse le molestaba tanto, que la muchacha se contentaba con retorcerlo formando un rodete que sujetaba con una peina de cuerno. Clara, muy envidiosa de aquel pelo, fingia reirse del primitivo peinado de su compañera. Habia llamado por señas á una de la seccion de ropa blanca, muchacha que tenia la cara muy larga, pero que resultaba bastante agradable. Las dos secciones estaban en continua hostilidad, pero á veces aquellas señoritas se ponian de acuerdo para burlarse de la gente.

— Mirad, señorita Paulina, mirad esas crines — repetia Clara, á quien Margarita tocaba con el codo, fingiendo tambien que no podia contener la risa.

Pero Paulina, por lo visto, no estaba para bromas. Hacía un instante que miraba á Dionisia y recordaba al verla lo que ella habia tenido que sufrir en su seccion durante los primeros meses de estar allí.

— ¡ Y bien! ¿ qué? ¡ Ya quisieran todas tener esas crines!

Y se volvió al departamento de ropa blanca, dejando á las otras dos con la boca abierta. Dionisia, que la habia oido, la dirigió una mirada de gratitud, mientras que la señora Aurelia le entregaba un librito talonario puesto á nombre suyo, diciéndole:

— Vamos, mañana os arreglaréis mejor... Y ahora, tratad de tomar pronto las costumbres de la casa, y esperad á que os toque el turno de venta. El día de hoy va á ser atareado, y podremos juzgar de lo que sois capaz.

Sin embargo, el departamento continuaba vacío, porque tan temprano pocas clientes subian á las secciones de confeccion.

Aquellas muchachas procuraban descansar, preparándose para el trabajo de por la tarde. Entónces Dionisia, intimidada al pensar que todas tenían la vista fija en ella, sacó punta á su lápiz por hacer algo, y en seguida, imitando á las demas, se lo clavó en el pecho entre dos ojales del cuerpo del vestido. Procuraba darse valor, porque era necesario conquistar su plaza. El día ántes le habian dicho que entraba en el almacén sin sueldo fijo, y que no habia de tener más que el tanto por ciento y la merma en las ventas que hiciese. Pero tenía esperanzas de llegar á mil doscientos francos de aquel modo, porque no ignoraba que las buenas vendedoras sacaban hasta dos mil cuando querian trabajar.

Su presupuesto estaba arreglado; cien francos al mes le permitian pagar la pension de Pepe y mantener á Juan, que no ganaba un céntimo. Ella podria vivir tambien y hasta comprarse algun vestido y alguna ropa blanca. Pero para conseguir aquel salario tenia que mostrarse trabajadora y fuerte, despreciar las malas voluntades que se desencadenarian en torno de ella, batirse con valor, y si era preciso, arrancar su parte á sus compañeras. Así estaba excitándose á la lucha mentalmente, cuando un muchacho jóven y alto que pasaba por delante del mostrador le sonrió; y cuando conoció á Deloche, que habia entrado el día ántes tambien en la tienda, le devolvió su sonrisa, satisfecha de encontrarse con un amigo y considerando de buen agüero aquel saludo.

Á las nueve y media una campana habia llamado para almorzar á las de la primera mesa. Luégo otro repique llamó á las de la segunda. Y las clientes no llegaban. La segunda maestra de la seccion, la señora Frederic, que en su sombría rigidez de viuda se complacia en mirarlo todo por su aspecto más desastroso, juraba y perjuraba que aquél era un día perdido; no iban á ir ni cuatro gatos; lo mismo daba cerrar los armarios y marcharse; prediccion que ponía de mal talante á Margarita, avara por naturaleza, miéntras que Clara, con sus aires de caballo desbocado, soñaba ya con un día de campo en el bosque de Vessieres si tronaba la casa. Cuanto á la señora Aurelia, silenciosa y grave, paseaba tranquilamente por el salón desierto, como general que tiene responsabilidad en la victoria ó en la derrota de su ejército.

Á eso de las once se presentaron algunas señoras. Habia llegado para Dionsisia el turno para vender, cuando se presentó una parroquiiana.

— Ahí está esa provincianota, ya sabeis — murmuró Margarita.

La aludida era una mujer de cuarenta y cinco años, que de cuando en cuando hacía un viajecito á París desde el riñón de una provincia lejana. En su pueblo se pasaba los meses ahorrando cuartos, y luégo, apénas se bajaba del wagon, se plantaba en el bazar y se gastaba bonitamente sus economías. Rara vez hacía pedidos por el correo, porque queria ver, tener el goce de tocar la mercancía y de proveerse hasta de agujas, que, segun su dicho, allá en su pueblo costaban un ojo de la cara. Todos los de la tienda la conocian, sabian que se llamaba la señora Boutarel, y que vivía en Albi, sin sentir curiosidad por lo demas, ni ocuparse de su situación ni de su existencia.

— ¿Va bien, señora? — preguntaba con amabilidad la señora Aurelia, que se habia acercado á ella. — ¿Qué deseais? Van á despacharos en seguida.

Luégo, volviendo la cabeza, añadió:

— ¡Señoritas!

Dionsisia se aproximó, pero Clara se habia precipitado. De ordinario mostrábase perezosa en la venta, despreciando el dinero, que ganaba en mayor proporcion y sin trabajo fuera de allí; pero la idea de arrebatarse una buena cliente á su nueva compañera la aguijoneaba.

— Perdonad, me toca á mí.

La señora Aurelia la detuvo con una mirada severa, y murmuró:

— No hay turno que valga; aquí no manda nadie más que yo. Cuando hayais aprendido más, entónces despacharéis á las parroquiianas conocidas.

La muchacha retrocedió, y al sentir que las lágrimas acudian á sus ojos, quiso ocultar aquel exceso de sensibilidad y se volvió de espaldas fingiendo mirar á la calle. ¿Irian á impedirle que vendiera? ¿Irian á ponerse todas de acuerdo para que no despachara? Acometióle el miedo al porvenir, y se sintió anonadada entre aquellos bajos intereses que la rodeaban. Cediendo á la amargura de su abandono, con la frente pegada al helado cristal del escaparate, miraba á la tienda de *El Viejo Elbauf*, y pensaba que tal vez hubiera debido suplicar á su tío que la dejase allí; tal vez revocaria su resolucion, porque, á la verdad, le encontró el día ántes muy conmovido. Y ahora, ahora, veíase sola en aquel inmenso

establecimiento, sin el cariño de nadie y despreciada de todos. Pepe y Juan, que no se habían movido nunca de su lado, tenían que vivir en casa extraña; ¡qué desesperación! Dos lágrimas como nueces que pugnaba por contener le hacían ver la calle como á través de una espesa niebla. Entre tanto, á espaldas suyas oíase el murmullo de las voces.

—Éste me parece muy feo —decía la señora Boutarel.

—No lo crea la señora. La espalda le está pintada... á ménos que prefiera una esclavina á un abrigo.

Dionisia se estremeció al contacto de una mano que se apoyaba en su brazo y oyendo á la señora Aurelia que la interpelaba severamente:

—¡Conque es decir que ahora no haceis nada, y os entreteneis en mirar á la gente que pasa por la calle! ¡Oh! lo que es así no podemos continuar.

—¡Pero si no me dejan vender, señora!

—Teneis otras cosas que hacer. Empezad por el principio... entreteneos en doblar.

Á fin de contentar á las pocas señoras que habían ido aquella mañana, se habían revuelto ya todos los armarios, y sobre los dos anchurosos mostradores de roble que había á los lados del salón veíanse esparcidos sin órden ni concierto multitud de abrigos, y esclavinas, y capas, y mantones, y trajes de todas hechuras y de todas clases. Dionisia, sin contestar una palabra, empezó á tirar de ellos, á doblarlos cuidadosamente y á colocarlos de nuevo, clasificándolos en los armarios y anaqueles correspondientes. La pobre no protestaba, porque sabía que era necesario allí una completa obediencia pasiva, y esperar á que cualquiera quisiera permitirle vender algo, como había esperado en un principio. Y seguía doblando y doblando telas, cuando apareció Mouret. Aquello fué para ella una sacudida extraordinaria; sin saber por qué, se sonrojó y se sintió poseida de su pasado temor, creyendo que iba á hablarle. Pero él no la veía siquiera, ni se acordaba de aquella muchacha, á la cual había protegido merced á la impresion del momento.

—¡Señora Aurelia! — dijo Mouret con voz de mando.

Estaba un poco pálido, pero en sus ojos, sin embargo, veíase una expresion resuelta. Al dar una vuelta por las diferentes secciones del establecimiento las había visto desiertas, y la posibilidad de una derrota acababa de aparecer, á su pesar, en su imagi-

nacion, quebrantando aquella fe extraordinaria que tenía en su buena estrella. Cierito que acababan de dar las once, y por experiencia sabía que la gente no solía concurrir mucho hasta por la tarde; pero, sin embargo, los síntomas empezaban á ponerlo en cuidado; otras veces, cuando se anunciaban nuevos surtidos de artículos, había mucha animacion desde por la mañana, y ahora no veía siquiera á señoras sin sombrero ni tocado alguno, detalle que indicaba que vivían en la vecindad. Como todos los grandes generales en el momento de reñir una batalla decidida, se sentía acometido de cierta debilidad, de cierto temor supersticioso, á despecho de la frescura escéptica que le era habitual. La cosa no iba bien, sentíase perdido, no podía decir por qué, pero creía leer el anuncio de su derrota en la cara de las señoras que pasaban por allí.

Precisamente en aquel momento la señora Boutarel, que era de las que siempre compraban algo, se iba diciendo:

—No, no teneis nada que me guste... Ya veremos si me decido.

Mouret la miró marcharse. Luégo, al ver que la señora Aurelia acudía á su llamamiento, la llevó aparte y cruzó con ella en voz baja algunas palabras rápidas.

La maestra frunció el entrecejo; evidentemente contestaba que no se vendía nada.

Por un momento estuvieron frente á frente, como si él se hallara poseido de una de esas dudas que á veces los generales ocultan al soldado, y despues Mouret dijo en voz alta y con tono resuelto:

—Si necesitais más gente, traeros una aprendiz del taller, que al fin algo ayudará.

Y continuó, desesperado, su paseo de inspeccion. Desde por la mañana andaba huyendo de Bourdoncle, cuyas reflexiones y tristes profecias le irritaban. Al salir del departamento de ropa blanca, donde la venta iba todavía peor, le acometió y no tuvo más remedio que oír la expresion de sus temores. Entónces le envió á los demonios sencillamente, con aquella brutalidad que en sus horas de mal humor empleaba hasta con los más encopetados empleados de la casa.

—¡Andad al diablo!.. Todo va divinamente... y al fin tendré que acabar por plantar en la calle á los asustadizos y desconfiados.

Mouret, solo, se puso de pié en lo alto del tablado que habia en el vestíbulo, desde donde se dominaba todo el almacén, viendo á un lado y á otro los departamentos del piso bajo, y allá más léjos los del entresuelo. La demarcacion de arriba le pareció terrible; en la seccion de bordados una vieja hacia revolver todas las cajas de carton, sin comprar nada, miéntras que una cursi que habia en el departamento de ropa blanca se entretenia en escoger cuellos postizos á diez y ocho sueldos. Abajo, en las galerías cubiertas, que se hallaban alumbradas por la claridad que entraba de la calle, observó que iban siendo más numerosos los compradores.

Aquello era un paseo, un lento desfile por delante de los mostradores; en los departamentos de mercería y de sombreros habia una porcion de mujeres en chambra; pero en los de ropa blanca y trajes de lana no habia casi nadie.

Los mozos de almacén, con sus casacas verdes, cuyos numerosos botones dorados relucian que daba gusto, esperaban con las manos cruzadas á que llegase gente. De cuando en cuando pasaba algun inspector con aire ceremonioso y estirado, de levita negra y corbata blanca. Y el corazon de Mouret estaba oprimido, sobre todo viendo la paz sepulcral del vestíbulo; la luz entraba por lo alto á través de los cristales de una inmensa claraboya, que producian una claridad bajo la cual los departamentos de sedería dormitaban en medio de un imponente silencio, como el que hay en las iglesias. Los pasos de algun dependiente, el murmullo de algunas palabras dichas en voz baja, el roce de un vestido que pasaba, eran los únicos ligerísimos ruidos casi apagados en medio del pegajoso calor de las estufas. Y sin embargo, llegaban algunos carruajes, oíase el detenerse brusco de los caballos y el cerrar ruidoso de las portezuelas. De la parte afuera llegaba el rumor confuso de las voces de muchos curiosos que se agolpaban delante de los escaparates. Pero al ver á los cajeros inactivos mudando de posicion en los sillones que tenian en sus casillas, al advertir que las cuevas de cerrar paquetes seguian ociosas, ó mejor dicho, ocupadas solamente por las cajas de carton y sus ovillos de hilo encarnado y sus grandes pliegos de papel color de ceniza, Mouret, indignado de tener miedo, creyó que aquella inmensa maquinaria se paraba, y sentia el corazon en un puño y helado de frío.

—Mira, Favier, mira — murmuró Hutin — qué cara de pocos amigos tiene el amo.

—¡Esto es un borrascon! — respondió Favier. — ¡Cuando pienso que aún no he vendido ni una hilacha!

Los dos andaban á caza de parroquianos, y no hacian más que cambiar frases como esas, pero sin mirarse uno á otro. Los demas dependientes de la seccion se ocupaban en confrontar etiquetas bajo la direccion de Robineau, miéntras que Bouthemout conferenciaba con una muchacha delgaducha, hablando á media voz y dándose aires de estar recibiendo un pedido importantísimo.

En derredor de todos ellos, sobre anaqueles muy elegantes, las piezas de seda, envueltas en camisas de papel de seda, se apilaban semejando libros de extraño tamaño. Y los aparadores veianse atestados de moarés, de satenes, de terciopelos de todos colores. Era aquel departamento elegante donde se hallaban los objetos de puro lujo.

—Para el domingo necesito cien francos — replicó Hutin. — Si no gano doce francos siquiera un dia con otro, me fastidio... ¡Y yo que habia contado con la decantada exhibicion de novedades!

—¡Caracoles! Eso de cien francos es cosa difícil. Yo me contento con cincuenta ó sesenta... ¿Os permitis tener mujeres de lujo?

—No por cierto, querido. Es una tontería: hice una apuesta y he perdido... Tengo que convidar á dos hombres y á dos mujeres... ¡Por vida de Dios! Á la primera que pase, la hago que compre á la fuerza veinte metros de *Paris-Bonheur*.

Estuvieron charlando un momento más, contándose lo que habian hecho el dia ántes y lo que pensaban hacer ocho dias despues. Favier jugaba en las carreras de caballos; Hutin se paseaba en bote y preferia las artistas de café cantante. Pero los dos se veian agujoneados por el mismo afán de dinero; reñian por el dinero desde el lunes al sábado, para luégo comérselo todo el domingo. En la tienda, aquella era la preocupacion constante, una lucha de todas las horas, de todos los momentos. ¡Y aquel picaro de Bouthemout, que acababa de chuparse el pedido de la señora Sanveur, aquella mujer delgaducha! Un negocio de lo ménos tres ó cuatro docenas de piezas, porque la modista en cuestion tenia buenas tragaderas. En aquel momento tambien Robineau le habia soplado una parroquiana á Favier.

—¡Oh! lo que es á ése le arreglaré yo las cuentas — replicó Hutin, que aprovechaba todas las ocasiones para amotinar el departamento contra aquel hombre, cuya plaza deseaba ocupar.—

¡ Los jefes y subjefes de seccion no debian vender ! ¡ Ya veréis, si yo algun dia soy subjefe, qué bien me porto con todos vosotros !

Y aquel hombrecillo se fingia amable y bonachon con una habilidad extraordinaria. Favier no pudo ménos de dirigirle una mirada oblicua; pero conservó su flema de hombre bilioso y se contentó con responder :

— Sí, ya lo sé... yo por mí no deseo otra cosa. Luégo, al ver que se acercaba una señora, añadió en voz baja :

— Ojo, que ahí viene una para vos.

Era una señora cursi, con vestido encarnado y sombrero amarillo. Hutin adivinó en seguida que no compraria nada. Se escondió con viveza detras del mostrador fingiendo atarse el cordon de uno de sus zapatos, mientras murmuraba :

— ¡ Ah ! ¡ no, por vida mia ! Que te despache otro... No estoy yo por perder mi turno tontamente.

Robineau comenzó á llamarle :

— ¡ Á quién toca, señores ? ¡ Al señor Hutin ? ¡ Dónde está el señor Hutin ?

Y como éste no respondiera, corrió turno y tocó despachar la cursi al que le seguía. Ésta se limitó á pedir algunas muestras con los precios, con lo que entretuvo al dependiente más de veinte minutos, concluyendo por marearlo. Únicamente el subjefe habia visto á Hutin alzarse detras del mostrador. Cuando llegó una nueva parroquiana, al dirigirse á ella el jóven, le detuvo diciéndole con aire severo :

— Vuestro turno ha pasado. Os llamé, y como estabais detras de...

— Pero, señor, yo no lo he oido.

— Basta. Apuntaos en la lista... Vamos, señor Favier, á vos os toca.

Favier, satisfecho del resultado de aquella aventura, dirigió á su amigo una mirada de excusa.

Hutin, con los labios blancos, volvió la cabeza á otro lado. Estaba rabioso, conocia perfectamente á la parroquiana, una rubia adorable, que iba con frecuencia al establecimiento, donde entre los dependientes se le conocía por *La Hermosa Dama*, sin que se supiera nada de ella, ni aun siquiera su nombre. Compraba mucho, lo hacía llevar á su coche y desaparecia. Alta, elegante, vestía con exquisito gusto, y parecia muy rica y de clase distinguida.

— ¿ Qué tal vuestra *cocotte* ? — dijo Hutin á Favier cuando éste

volvió de la caja, hasta donde habia ido á acompañar á la señora.

— ¡ Oh ! ¡ una *cocotte* ! — exclama. — No, tiene el aire muy elegante... Debe ser la esposa de un bolsista ó de un médico; yo no sé, pero me parece que ha de ser algo de eso.

— ¡ Quita, quita ! es una *cocotte*... Á pesar de sus aires de persona distinguida, ¡ quién puede asegurar esas cosas hoy !

Favier se puso á hojear su cuaderno de notas.

— No importa — replicó ; — le he vendido por valor de doscientos noventa y tres francos. Esto hace cerca de tres francos para mí.

Hutin se mordió los labios y descargó su furor contra los cuadernos de notas, cuya invencion es una broma, pues sólo sirven para embarazar las faltriqueras. Entre ellos habia una sorda rivalidad. Favier, de ordinario, afectaba reconocer cierta superioridad en Hutin, á quien no despreciaba ocasion de zaherir por detras. Á éste le causaban envidia aquellos tres francos ganados sin trabajo por un dependiente á quien consideraba muy inferior á él. ¡ Un buen dia, ciertamente ! Si continuaba así, no iba á ganar ni para pagar á sus convidados el agua de Setz. Se paseaba ardiendo de coraje por delante de los mostradores, apretando los dientes hasta querer romperlos, envidioso hasta de su jefe, ocupado en dirigir á la jóven flaca, á la que repetia :

— Y bien, ¿ habeis entendido ? Decidle que procuraré hacer todo lo posible para alcanzar este nuevo favor aún del señor Mouret.

Hacia largo rato que éste no se hallaba en el entresuelo, de pié y al lado del pasamano. De pronto apareció en lo alto de la escalera que conducia al piso bajo y desde donde se dominaba tambien toda la casa. Su rostro se iba animando; volvía á recobrar la fe y se iba creciendo ante el gentío que poco á poco llenaba el establecimiento. Al fin, habian llegado los apretones esperados, la animacion de por la tarde, en la cual habia dejado de crear un momento á causa de la fiebre que lo dominaba ; todos los dependientes estaban en sus sitios, porque un tercer toque de campana habia indicado que acababan de almorzar los de la tercera mesa; quizás pudiera repararse el perjuicio de aquella desastrosa mañana, al que sin duda habia contribuido un terrible chaparron que cayó á eso de las nueve, porque el cielo habia adquirido de nuevo la diafanidad que tenia á primera hora antes de la lluvia. Los salones del entresuelo estaban animadísimos, y varias veces tuvo que echarse á un lado para dejar pasar; grupos de señoras que subian á los departamentos de ropa blanca y de confeccion, mién-

tras que á su espalda, en los de bordados y chales, oía hablar de fuertes sumas. Pero lo que más le tranquilizaba era el aspecto de las galerías de la planta baja. En la seccion de mercería no cabía ya un alma más; y llenas estaban también la de ropa blanca y las de telas de lana: el desfile iba siendo cada vez más compacto, compuesto casi en su totalidad de señoras de sombrero. En el vestibulo, donde se hallaba la sedería, multitud de señoras se habian quitado los guantes para palpar mejor las piezas de *Paris-Bonheur*, y hablaban á media voz como si estuvieran en un salon. Tampoco dejaba de fijarse en el ruido que se oía fuera, el rodar de los carruajes, el roce de los portiers, el murmullo de la multitud: sentía á su alrededor la máquina puesta en movimiento, el ir y venir, el ruido de los cajones, las mesas donde los criados del establecimiento se ocupan en empaquetar los géneros, hasta los golpes dados al soltar en los sótanos los paquetes devueltos, cuyo ruido hacía retremblar toda la casa. En medio de aquella batahola el inspector Jouve se paseaba con aire grave, acechando á los rateros.

—¡Toma! ¡eres tú!—dice Mouret, al reconocer á Paul de Vallagnosc, al que conducía un criado.—No, tú no me arruinarás. Además, no tienes que hacer más que seguirme, si es que deseas ver; hoy estoy sobre la brecha.

Ocultaba sus inquietudes. El público acudía; ¿pero se obtendría de la venta el resultado apetecido? Llevaba á Paul de un lado á otro, charlando y riendo alegremente.

—Parece que quiere alegrarse un poco—dijo Hutin á Favier.—No creas que estoy para bromas; hace unos cuantos días que estoy de malas, de véras. Acabo de sufrir una derrota, esa *tejera* ha concluido por no comprarme nada.

Y señalaba con la barba á una señora que dirigía miradas de disgusto á todos los vestidos. No llegaría á apuntar mil francos, no vendía nada; de ordinario, ganaba siete ú ocho francos de tanto por ciento, que unido á lo que le daban, venía á salir, por término medio á doce francos por día. Favier no llegaba más que á ocho, y hé aquí que aquel animal le arrebatava su comida, porque acababa de vender un vestido. ¡Un dependiente que no habia sabido jamas enganchar á un parroquiano! ¡Esto era desesperante!

—Los boneteros y buhoneros parece que están haciendo su agosto—murmuró Favier, refiriéndose á los encargados en el

despacho de gorras, y en seguida Hutin, que escrudiñaba con su mirada todo el establecimiento, dijo de pronto:

—¿Vos conocéis á la señora Desforges, la íntima amiga del principal? Vedla, aquella morena que está en la guantería, á la que Mignot prueba los guantes.

Se calló, y despues continuó á media voz, como si hablara á Mignot, del que no apartaba los ojos:

—Vamos, vamos, buen hombre; frótale bien los dedos, puede ser que adelantes algo. ¡Ya conocemos, ya conocemos el género de tus conquistas!

Existía entre él y el guantero cierta competencia; los dos presumían de galantes y de coquetear con las parroquianas. Él no podía vanagloriarse de ninguna conquista que mereciera la pena; Mignot, segun se contaba, vivía con la mujer de un comisario de policía que se habia enamorado de él perdidamente, mientras que Hutin habia realmente conquistado en su dependencia á una pasamanerista que se dejaba llevar á los hoteles que gozaban en el barrio de una reputacion dudosa; pero ellos querian pasar por héroes de misteriosas aventuras, dando á entender que recibían citas de las condesas mientras hacían compras.

—Deberíais hacer que os compre algo—dijo Favier con aire socarrón.

—¡Es una buena idea!—replicó Hutin.—Pero si viene por aquí yo la enredaré, ¡me hacen falta cien sueldos!

En la guantería una fila de señoras estaban sentadas delante del estrecho mostrador forrado de veludillo verde con adornos de metal niquelado en las esquinas; los dependientes, siempre sonriendo, amontonaban delante de ellas las cajas planas, de color rosa, que dejaban sobre el mostrador.

Mignot, inclinando su esbelta figura, procuraba dar las más dulces inflexiones á su gangoso acento parisiense.

Habia vendido ya á la señora Desforges una docena de pares de guantes, seis blancos y seis claros, de los *Bonheur*, la especialidad de la casa. Además tres pares de piel de Suecia. Se hacía probar, por temor de que la medida no fuera exacta, unos de piel de Sajonia.

—¡Oh, á la perfeccion, señora!—repetía Mignot.—El seis y cuarto sería demasiado grande para una mano como la vuestra.

Inclinado sobre el mostrador, le sujetaba la mano cogiéndole los dedos uno á uno, haciendo resbalar el guante y estirándolo

con habilidad suma; descansaba por un momento y proseguía de nuevo, sin dejar de mirarla como para poder adivinar en su semblante cierta emoción voluptuosa. Pero ella, con el codo apoyado en el cojincillo de terciopelo, y con el puño levantado, le entregaba los dedos con el mismo aire de indiferencia que empleaba al entregar á su doncella el pié para que le abrochára la botina. Aquel no era un hombre; al servirse de él lo hacía del modo que le era familiar cuando se trataba de personas de su servidumbre; ni siquiera le miraba.

—¿Os molesto, señora?

Se limitó á contestar con un movimiento negativo de cabeza. El olor de los guantes de Sajonia, ese olor como de piel y de almizcle, la conmovía de ordinario y á menudo se confesaba riendo su afición á este olor ambiguo, en el que hay algo del que exhalan ciertos animales cuando están en celo, y del que suelen echar en las cajas de polvos de arroz. Delante de aquel dependiente vulgar el olor de los guantes no le había producido efecto ni hecho sentir el más ligero estremecimiento de sensualidad mientras se los había estado probando.

—¿Desea algo más la señora?

—Nada, gracias. Podéis llevarlo á la caja número diez para la señora Desforges, ¿estais?

Como era antigua parroquiiana, tenía la costumbre de dar su nombre en una caja, á la que mandaba llevar todas sus compras, sin hacerse acompañar por ningún dependiente. Cuando se hubo alejado, Mignot se volvió á su vecino, con los ojos entornados, queriendo de este modo darle á entender que acababan de pasar entre él y la parroquiiana cosas extraordinarias.

—¡Eh!—dijo con aire socarrón;—le hubiera estado probando guantes toda mi vida.

La señora Desforges continuó haciendo sus compras; se dirigió hácia la izquierda y se detuvo en el departamento de ropas blancas para comprar algunas rodillas; dió la vuelta y continuó por el de lanas, situado al fondo de la galería. Como estaba contenta de su cocinera, quería regalarle un vestido. El departamento de lanas se hallaba ocupado por una inmensa muchedumbre; las jóvenes *bourgeoises* se extasiaban palpando las telas y se absorbían haciendo cálculos. Tuvo necesidad de tomar asiento unos instantes. En las cajas se amontonaban las piezas, que los dependientes, no sin grandes esfuerzos, bajaban una á una. No se podía escoger

entre los géneros que había sobre los mostradores, por estar llenos hasta el punto que las piezas resbalaban y caían. Aquello era un mar de colores; lanas de todas clases, grises, azules, amarillas, entre las que brillaban con su vária confusión los colores escoceses sobre el fondo bajo de las franelas. Las etiquetas blancas de las piezas parecían como los grandes copos de una nevada.

Detras de una pila de encajes, Lienard coqueteaba con una jóven obrera enviada por su ama para recoger unos merinos. Odiaba estos días de mucha venta que le cansaban los brazos, trataba de huir del trabajo; muy recomendado por su padre, no hacía caso del despacho, y se limitaba á hacer únicamente lo indispensable para no ser despedido.

—Escuchad, señorita Fanny—decía.—Vos estais siempre deprimida. ¿Quedaríais contenta de la vicuña del otro día? Ya iré á dar una vuelta por vuestra casa.

La obrera se marchó riendo. Lienard se encontró delante de la señora Desforges, á la que no pudo ménos de preguntar:

—¿Qué es lo que desea la señora?

Quería un vestido de poco precio y fuerte. Lienard, para no cansarse los brazos, lo cual era uno de sus cuidados, se puso á buscar un vestido entre los que se hallaban desplegados sobre el mostrador. Los había de cachemira, de sarga, de vicuña, y juraba que no existía nada mejor, y que eran todos de duración suma. Mas ninguno de estos tejidos acababan de satisfacer á la parroquiiana. Había visto en una casa una escocesa azulada, y era lo que deseaba ver. Al fin se decidió y concluyó por bajar el vestido, pero lo encuentra demasiado basto. Después siguió uno de felpa, otro diagonal; todo el surtido que había en lanas, las que iba tocando por simple curiosidad, sólo por gusto, dispuesta á comprar al fin cualquiera cosa. El dependiente tuvo necesidad de bajar las cajas que se hallaban más altas; ya le dolían sus espaldas; el mostrador había quedado cubierto con las cachemiras y los encajes, con las ricas pieles de gamuza, con los plumones y con las vicuñas. Todas las telas iban pasando, sin que por su parte hiciera la menor señal de comprar ninguna. Además, le había también enseñado las granadinas y las gasas de Chambery. Después que hubo visto bastante dijo:

—¡Oh, Dios mío! Lo primero era mucho mejor. Sí, ya se ve, para una cocinera... Sí, sí, el de sarga con puntillas pequeñas, de á dos francos.

Después dejó á Lienard, que estaba pálido de cólera :

— Podedis llevarlo á la caja número diez. Para la señora Desforges.

Cuando se alejó de allí, vió á la señora Marty acompañada de su hija Valentina, hermosa jóven de unos catorce años, delgada y atrevida, que se permitía dirigir á las mercancías miradas codiciosas.

— ¡Cómo! ¿ Sois vos, mi querida amiga?

— Adios, amiga mía... ¿ Eh? ¿ qué concurrencia!

— ¡Oh! no me habéis de eso, estoy medio asfixiada...

— ¡ Un acontecimiento! ¿ Habéis visto el salon oriental?

— ¡ Soberbio, inaudito!

Sin dejar de recibir codazos, atropelladas por la creciente multitud de jóvenes *bourgeois* que se detenían ante los géneros, se pasaban ante la exposicion de tapices.

La señora Marty dijo deseaba comprar un vestido y un manton; pero como no estaba aún resuelta, habia hecho le enseñaran unas colchas de lana.

— Cuidado, mamá — dijo Valentina — eso es demasiado visto.

— Venid á la sedería — dice la señora Desforges. — Es preciso ver el famoso *Paris-Bonheur*.

La señora Marty vacila un instante. Todo aquello sería muy caro y ella habia ofrecido á su esposo que sería prudente. Empleó más de una hora en comprar un manguito y unas golas para ella, y algunas camisas para su hija. Y concluyó por decir al dependiente que le enseñara las colchas.

— Bueno, voy á la sedería. Aquí no hay todo lo que necesito.

El dependiente cogió los géneros ya separados y marchó delante de las señoras.

En la sedería, la multitud era mayor aún; los apretones eran, sobre todo, delante del escaparate interior, preparado por Hutin, y donde Mouret habia dado algunos toques de mano maestra. Éste se hallaba situado en el fondo del vestibulo, y al rededor de una de las columnas que sostenían la montera de cristales, á manera de una cascada de géneros, un lienzo con varios cogidos caía desde lo alto hasta llegar al entarimado. Los rasos claros y la seda de colores pálidos brillaban en primer término; los rasos Reina, los del Renacimiento, con sus tonos nacarados y sus aguas; las sedas ligeras y transparentes como el cristal, el verde Nilo, color de cielo indiano, el rosa de Mayo y el azul Danubio. Des-

pues estaban los tejidos más fuertes; los rasos maravillosos, las sedas duquesas de colores oscuros, desenvolviéndose artísticamente, y en la parte de abajo, como echadas en monton, hallábanse las telas más fuertes y más tupidas, los damascos brochados, sedas con mezcla de lana, y después multitud de terciopelos de todas clases y de todos los colores, negros, blancos, con fondo de tal ó cual color y flores sobrepuestas, formando contraste y como reflejándose en un lago inmóvil donde parecían danzar reflejos de cielo y de paisaje. Una porcion de mujeres, pálidas de placer, se asomaban á él como para mirarse en sus aguas.

Todas, á la vista de aquella catarata extraña, parecían sentir miedo de ser cogidas y arrastradas por la corriente de aquel lujo asiático y estupendo, y al mismo tiempo como si deseáran caer en él.

— ¡Cómo! ¿ estás tú aquí! — dijo la señora Desforges al encontrarse con la señora Bourdelais, que se hallaba delante de un mostrador.

— ¡ Ya lo creo! ¡ Buenos dias! — respondió, estrechándole al mismo tiempo las manos. — Pues sí, he venido á ver un poco.

— ¡ Eh! es prodigioso este establecimiento. Es un sueño.....

— ¡ Y el salon oriental! ¿ has visto el salon oriental?

— ¡ Sí, sí, sorprendente!

Pero bajo el entusiasmo, que era la nota saliente del dia, la señora Bourdelais conservaba su sangre fria de mujer de gobierno. Examinaba con todo cuidado una pieza de *Paris-Bonheur*, porque habia ido exclusivamente para aprovechar la venta excepcional de esta tela, la que encontró realmente ventajosa. Sin duda quedó satisfecha, pues pidió veinticinco metros, con lo que se proponía interiormente tener bastante para sacar un vestido para ella y un abrigo para su hija.

— ¡Cómo! ¿ te marchas ya — dijo la señora Desforges — sin acompañarnos á dar una vuelta?

— No, gracias; me esperan en casa. No he querido arriesgarme á traer los niños con esta bulla.

Se marchó precedida del dependiente que llevaba los veinticinco metros de seda, que dejó en la caja número diez, donde el jóven Albert se mareaba con tantos pedidos de factura como se hacían. Cuando el dependiente pudo acercarse, después de haber apuntado con un pedazo de lápiz en su libro de ventas lo que habia vendido, lo dictó al cajero, el que á su vez lo inscribió en el